

chos países y ésa es mi manera de dar a conocer lo más ampliamente posible lo que me parece necesario y útil».

Usted se emociona con su libertad. «Yo no tengo por qué escribir así puesto que mis artículos se publican en muchos países». Lo felicito. Pero ocurre que para algunos intelectuales argentinos «publicar en muchos países» no atemperaría el hecho de «publicar intrascendencias en la Argentina». Esos intelectuales no ponen el acento en «publicar» sino en «testimoniar la realidad nacional».

No los calma ser difundidos a través del planeta: buscan pesar sobre la circunstancia argentina. Usted podría argumentar con todo derecho que ése no es su propósito. Pero no lo argumenta; elige, al parecer, la ubicuidad: el párrafo que cité («yo no tengo por qué escribir así puesto que mis artículos se publican en muchos países...») termina: «...y confiar en su ingreso, por diversas vías, a su destinataria natural que es la Argentina». Esa confianza en que sus textos llegarán «por diversas vías» es un proyecto demasiado vago, demasiado fundado en el azar —o en el trabajo y el riesgo de otros. ¿Se ha preguntado, Cortázar, si sus textos políticos son lo bastante sólidos, si están fundados en un conocimiento de la realidad nacional lo suficientemente profundo como para que valga la pena de que alguien aquí se haga cargo de esa «clandestinidad» que usted propone para su difusión?

3) La conducta que usted propone —que los que tengan algo que decir se vayan de la Argentina— es curiosa. La derecha no lo habría expresado mejor. Yo no creo que aquellos que forzosamente han debido irse suscribieran esa frase suya. No creo que un escritor profundamente argentino como Humberto Constantini, al que usted cita, que un escritor con clara conciencia nacional como David Viñas, a quien no cita, les recomendará a todos los escritores de la Argentina que tienen algo que decir lo mismo que usted les recomienda. El exilio es una fatalidad, o una desdicha, no una militancia demoleadora. Un escritor, individualmente, puede elegir irse: su obra y sus actos justificarán o no esa elección. Lo que no puede es erigir su decisión personal en programa político; no puede proponer el éxodo en nombre de una presunta combatividad fundada en «decir lo que verdaderamente se piensa». Decírselo a quién, y para qué, esos son los interrogantes que debe plantearse todo intelectual lúcido y a partir de las respuestas que se dé, decidir si su camino más eficaz es el de marcharse. Pro-

poner el éxodo como «praxis» supone creer que la historia de los pueblos la dirige Dios. Un día pondrá un gobierno a nuestro gusto y todos volveremos gozosos. No, Cortázar. Un país no es un hotel turístico en el que nos quedamos cuando la estadía nos resulta grata, y al que abandonamos cuando la atención no nos satisface. Un país, el sentido de su historia, son entrañables cuestiones que nos conciernen a todos. Los intelectuales, los artistas, tenemos un papel que cumplir —no el más importante, desde luego, ya que siempre es el pueblo el que define un proceso. Pero la función que nos corresponde, no la vamos a dejar en manos de otros.

Usted tiene demasiada fe en la censura, en el orden establecido. Nadie puede alterar ese orden, de ahí que todo intelectual —usted en particular— bajo la censura sea un exiliado cultural. También es posible invertir el razonamiento; usted necesita llamarse a sí mismo exiliado, de ahí que acepte que la censura es inamovible e inexorable —de no ser así, tendría que buscar los modos de traspasarla, en lugar de condolerse por su condición de exiliado. Le dejo a usted decidir el orden de las proposiciones. Lo cierto es que escribe: «A mi afirmación de sentirme dolorosamente separado de mi pueblo en el plano cultural, después de prohibiciones inequívocas, contestás que exagero». Voy a dejar de lado el análisis de las expresiones «dolorosamente» y «mi pueblo». Y apenas voy a señalar que lo que usted sintetiza «contestás que exagero» es un fragmento de mi texto (pág. 4, col. 1, líneas 46 y ss.) donde, entre otras cosas, hablo de la situación de los pueblos latinoamericanos, de la situación en que han creado siempre los escritores rebeldes en sus países, y donde, para fijar el alcance de lo que podría llamarse «exilio cultural», hago un paralelo entre el silencio a que fue sometido durante doce años en su propia patria uno de nuestros mayores y más íntegros escritores, Leopoldo Marechal, y la difusión que, aun residiendo usted en el extranjero, tienen sus textos en la Argentina. Advertirá que la frase «contestás que exagero» traiciona un poco mi pensamiento.

Voy a detenerme ahora en la expresión «prohibiciones inequívocas» que explicaría la separación entre usted y «su» pueblo y, por lo tanto, su exilio cultural.

Toda prohibición es en sí un hecho absoluto; difícilmente admite un adjetivo como «inequívoca». En nuestro país, en particular, suele manifestarse sin ninguna

sutileza: nadie necesita agregarle adjetivos para darle dramatismo. Pero además ocurre que, entre tantas obras prohibidas como hay en la Argentina, sus obras no están prohibidas. Como usted mismo lo afirmó, en el caso de *Alguien que anda por ahí* un representante del gobierno le sugirió a Editorial Sudamericana que no publicara dos cuentos de ese libro —vale decir que, en última instancia, eso habría sido una autorización equívoca y no una «prohibición inequívoca» y lo cierto es que el libro, completo, figura desde hace tiempo en la lista de *best-sellers*. O sea que, como en el caso de la «tremenda contradicción», hay derecho a suponer que se está disimulando el uso de un sustantivo —«prohibiciones»— tras el ruido del adjetivo, «inequívocas». Si la presunta prohibición de su libro le daba derecho a declarar en Colombia que a usted lo habían expulsado de su patria, ahora que el libro se vende en todos los quioscos y librerías, ¿qué va a declarar?: ¿qué el gobierno argentino lo ha recibido con los brazos abiertos?

Hay otro hecho, más significativo, que invalida su frase «sentirme dolorosamente separado de mi pueblo en el plano cultural». Mucho antes de que Bruguera difundiera *Alguien que anda por ahí*, la revista *Contexto* publicó el más explícitamente comprometido de sus cuentos: «Apocalipsis en Solentiname». Y eso tal vez le recuerde algo que parece olvidar: la cultura de un pueblo no la decretan sus gobiernos. Se abre paso como puede, a pesar de la censura y de la represión. Crea sus propias vías, cuando se le cierran todas las vías. Espero que esto lo ayude a «entender mi razonamiento». Usted dice: «...hay algo que no entiendo en tu razonamiento. Discutís mi noción de "exilio cultural" en el sentido de que la supresión o censura del pensamiento escrito es materia corriente en nuestros países, y una vez más te parece que exagero». Y luego de este párrafo —tan poco claro, por lo demás, que sólo usted y yo sabemos lo que quiso decir—, me explica con paternal condescendencia eso de «mal de muchos, consuelo de tontos». Gracias. Pero yo no decía algo tan estúpido como «que en Guatemala o Bolivia lo censuren a Fulanito» (el hallazgo es de su prosa) vuelve menos inquietante la censura en la Argentina. Nada de eso. Textualmente decía: «Arbitrariedades o barbaridades como la que consigna Cortázar constituyen el ámbito en que, salvo épocas excepcionales, han creado y opinado todos los escritores rebeldes

en sus países. Y no es que yo, ahora, defienda la censura (...) Simplemente digo que es ésta, y no otra, la situación de nuestros países, la que pretendemos cambiar también con nuestras palabras. Y que aun bajo estas condiciones Latinoamérica viene dando una literatura realmente grande, capaz de encontrar un estímulo y un sentido para el acto creador justamente en la hostilidad del medio. Y este trabajo continuo por hacer prevalecer la propia concepción del mundo hace que un intelectual o un artista se sienta culturalmente integrado a su país; de ninguna manera un exiliado cultural».

Como verá, su frase «una vez más te parece que exagero», una vez más ha traicionado mi pensamiento. Usted dice no entenderlo del todo; trataré de iluminarlo con esta pregunta: ¿Desde cuándo un escritor espera que el oficialismo lo autorice a ser parte de la cultura de su pueblo? En situaciones como la que estamos viviendo el escritor utiliza sus palabras para revertir la muerte cultural que le quieren imponer desde arriba. Se escribe a pesar de la censura, y contra la censura. Y ya que las palabras son un riesgo, se aprende a no dilapidarlas, a explotar al máximo sus posibilidades de eficacia. Un ejemplo negativo explicará mejor lo que quiero decir. Usted manifiesta lo que, según su deseo, le esperaba al anterior gobierno argentino; dice con infantil enojo: «Igualito que a Somoza, igualito que a Batista». Como argumento político, admitirá que no es de los más lúcidos que se hayan expresado en el destierro. No tiene más finalidad que la de dejar inscripta su santa indignación. Supongo que es fácil, y hasta gratificante, hacerlo, sobre todo si el riesgo de publicar las palabras que uno pronuncia lo corren otros. Pero acá, cada uno de nosotros corre el riesgo por sus propias palabras; de ahí que, al pronunciarlas, tratemos de que sirvan a una causa concreta, y no a nuestra propia vanidad. Usted me dirá que no le exigió a nuestra revista que publicara su carta. Cierto. Y le diría más: usted eligió que su carta no se publicara en la Argentina. Entre el exabrupto ese de Batista y Somoza, y la posibilidad de que sus palabras fueran leídas por lectores argentinos, eligió el exabrupto.

Usted no parece creer que haya una acción posible en tanto oficialmente no lo autoricen a la acción: revela una fe excesiva en la represión y en la censura. Me pregunta: «¿Qué satisfacción puede tener alguien como vos leyendo un texto mío cuya publicación depende exclusiva-

mente de que no contenga una sola línea que moleste a los dispensadores de la libertad de expresión?». Coincidirá conmigo en que el término «satisfacción» no es el más afortunado para vincularlo a un texto literario. Un plato de ravioles satisface. La literatura inquieta, o conmueve, o moviliza. Pero dejando esto de lado, ¿qué conclusiones se pueden extraer de ese párrafo? Yo extraería, fundamentalmente, dos. Según usted, ningún texto suyo publicado actualmente en la Argentina merece ser leído por «alguien como yo» —supongo que «alguien como yo» es alguien que piensa que la literatura no es un mero pasatiempo. Y me pregunto: si sus textos no merecen un lector así, ¿qué lector merecen? ¿qué lector frívolo supone usted para esos escritos? Y también me pregunto: ¿Es ético que un escritor permita la publicación de un texto suyo si cree que sólo va a admitir una lectura pasatista? Usted me dice: «¿Te has preguntado qué textos (míos) seleccionan esos suplementos?». Le respondo: ni más ni menos que los que usted ha escrito. Un escritor es responsable de todas las palabras que publica. Si las cree triviales, tiene una solución: no darlas a conocer; sobre todo, no mandárselas a «su» pueblo. Y le recuerdo que la valoración negativa que usted hace de los textos que publica en la Argentina es suya, no mía.

Pero vamos a la segunda conclusión. Usted dice: «...un texto mío cuya publicación depende exclusivamente de que no contenga una sola línea que moleste a los dispensadores de la libertad de expresión». Está muy claro su convencimiento del carácter infalible de la represión y la censura lo lleva a hacer del autoexilio una actitud de combate: la única posible. En otro párrafo dice, refiriéndose a la carta que me dirige: «... preveo que mi respuesta sólo te llegará un día indirectamente y no en los suplementos dominicales de Buenos Aires». Y yo le pregunto: ¿Desde cuándo la única vía directa de expresión que tiene un escritor son los suplementos dominicales?

No, Cortázar, un intelectual no tiene por qué ser tan candoroso; no espera que ningún gobierno le dé permiso para expresar sus ideas, ni que los suplementos dominicales lo inviten a manifestar su pensamiento. Cuando los medios masivos acceden a difundir parte de ese pensamiento, mucho mejor. Pero aun si eso no ocurre, siempre hay modos de ingeniárselas. Y es precisamente en épocas como ésta, cuando se hace más necesario crear

vías marginales y aprovechar todos los recursos posibles, la sutileza, por ejemplo, a pesar de los decretos oficiales.

Es cierto, la censura vuelve nuestra prosa menos explícita; pero también es cierto que la realidad hace a nuestras palabras más eficaces. Hoy, en la Argentina, hasta Borges se ha vuelto un escritor político. Qué paradoja: para los argentinos, una declaración de Borges publicada en un diario de acá, es mucho más revulsiva que las de usted, publicadas en otros países.

Declaraciones, solicitadas, movimientos teatrales, talleres literarios, revistas de literatura, son hechos que usted sin duda ignora. Usted vive en París y, al parecer, confía en los suplementos dominicales. No son buenas maneras de entender la realidad cultural de nuestro país. Pero, ya que sus fuentes de información son tan precarias podría, al menos, tener el cuidado de no generalizar acerca de lo que pasa en la Argentina. En la respuesta a Huasi que antes cité, usted dice: «Los que han seguido allá (se refiere a los escritores y artistas argentinos que vivimos acá) están obligados a volver a una especie de "arte por el arte"». ¿A qué se refiere concretamente? ¿A la obra de Manauta, de Tejada Gómez, de Blaisten, de Castillo, de Beatriz Guido, de Asís, de Lastra, de Martini Real, de J.J. Hernández, de Marta Mercader, de Elvira Orphée, de Marta Lynch, de Sánchez Sorondo, de Manzur, de O'Donnell, de Piglia, de Fogwill, de Brailosky, de Rabanal, de Medina, de Lagunas, de Ana María Shua, de Gusman? ¿Al teatro de Cossa, de Dragún, de Halac, de Somigliana, de Pavlosky, de Aida Bortnik; de Griselda Gambaro, de Viale? ¿A los textos críticos de Beatriz Sarlo, de Pezzoni, de Romano, de Kovadloff, de Sasturain? ¿A la poesía de Juarroz, de Veiravé, de Aguirre, de Alonso, de Boido, de Olga Orozco, de Aulicino, de Pozzi, de Freidemberg, de Irene Gruss, de Genovese? ¿A todos los escritores jóvenes que se están formando en los talleres? ¿A los cuarenta y dos autores y directores y a los doscientos actores de Teatro Abierto? ¿A la pintura de Berni, de Alonso? ¿Cuáles obras de cuáles autores serían consideradas por usted «arte por el arte»? Y a ver si acabamos de entender su severo criterio estético: ¿dónde ubicaría cada una de sus propias obras? *Último round*, *Sesenta y dos, modelo para armar*, *Un tal Lucas*, cuentos como «La banda», o «La barca o nueva visita a Venecia»; ¿cómo los calificaría? ¿Arte comprometido, frivolidad, arte por el arte, mala literatura?